

---

# XICOTENCATL

(EL JÓVEN)

GENERALISIMO TLAXCALTECA.

---

I.

**M**UY cerca de la ciudad de Tenoch, capital del imperio engrandecido por las conquistas de Itzcoatl, Motecuhzoma I, Axayacatl y Ahuitzotl, permanecia la república de Tlaxcallan, que jamas habia doblado la cerviz ante el poderoso vecino. Los huexotzincas y otros pueblos enemigos de Tlaxcallan, representaban frecuentemente en contra del débil, pero indomable adversario de México, y al fin lograron que se iniciase la guerra á la república, estableciendo de antemano fuertes guarniciones en la frontera de Tlaxcallan. Se impidió á la república su comercio, se le exigió el tributo que tantos pueblos pagaban, que jamas habian pagado á ningun príncipe los tlaxcaltecas, y se les dijo que de-



bían obedecer á los mexicanos como señores que eran del mundo.

Los tlaxcaltecas no encontraron medio alguno entre la esclavitud y la guerra, y se resignaron á sufrir las terribles consecuencias de ésta, antes que someterse á las humillantes condiciones que se les quería imponer. Colocaron grandes guarniciones en los límites de su territorio, construyeron fortalezas, abrieron fosos, fabricaron una muralla de seis millas de largo, y celebraron alianza con los chalcas y otomíes, acérrimos enemigos del imperio mexicano. Frecuentemente atacados por las fuerzas de éste y por otras de varios pueblos, principalmente por las de los huexotzincas, fueron vencedores ó vencidos, pero jamás sometidos al imperio; porque en el primer caso no salían de su territorio, y en el segundo, nunca fué tanta la fortuna de sus enemigos que pudieran apoderarse de la capital de la república.

Moteczuhzoma II, que gobernaba el imperio, no podía soportar que rehusase prestarle obediencia un pueblo tan pequeño, y suscitaba á este muchos y potentes enemigos. Entre estos, se distinguían, como lo expresamos ya, los huexotzincas, que llegaron hasta á tres leguas de Tlaxcallan, donde murió en un combate reñido en defensa de la libertad de su patria, el valiente Tizatlacatzin, no atreviéndose los vencedores á aprovecharse de su victoria, sino que precipitadamente salieron del territorio de los tlaxcaltecas, quienes triunfaron después de los huexotzincas en el propio país de estos, los cuales se vieron obligados á pedir auxilio á los mexicanos.

Moteczuhzoma no podía rehusar el auxilio que se le pedía, toda vez que tan interesado estaba en la ruina de los tlaxcaltecas; así es que mandó á los huexotzincas un poderoso ejército á las órdenes de su hijo primogénito. Marchó el hijo de Moteczuhzoma por la faldá meridional del Popocatepetl; pero enterados los tlaxcaltecas del camino que llevaban sus temibles enemigos, los atacaron por retaguardia improvisamente, desbaratando á los mexicanos en un reñidísimo combate,

en el cual murió el príncipe, por cuya muerte se apesadumbró demasiado Moteczuhzoma.

No renunciaba este á sus proyectos de dominar á Tlaxcallan, que por su parte, y conociendo el poder de los mexicanos, se fortificaba extraordinariamente y aumentaba sus guarniciones. Un ejército mas numeroso salió de la capital del imperio, encontró aquel al de la república, y uno y otro pelearon con encarnizamiento, siendo nuevamente vencedores los tlaxcaltecas, quienes se apoderaron de grandes riquezas que llevaban consigo los guerreros de México, y solemnizaron en su capital la famosa victoria, premiando á los otomíes que tanto habían contribuido á ella.



## II.

Este último acontecimiento tenia lugar el año de 1508.

Tal era la república guerrera de Tlaxcallan en la época citada. En la á que nos vamos á referir (1519), nada habia perdido de su esplendor y de su fuerza, antes bien continuaba inspirando respeto, no solo á los pueblos pequeños sus vecinos, sino al mismo imperio mexicano, su enemigo irreconciliable. En este tiempo, la república estaba gobernada por Xicotencatl, hombre de edad y experimentado en los negocios públicos; por Maxixcatzin, general del ejército tlaxcalteca, y por Tlehuexolotzin y Citlalpopocatzin; cuatro senadores y magistrados que intervenian en el gobierno, ó mejor dicho, que lo constituian. (1)

(1) No es posible conocer á punto fijo la organizacion del gobierno de la república. Los historiadores que consultamos hablan preferentemente de México, ocupándose muy ligeramente de las otras naciones, y algunos de ellos refieren tales episodios y dan crédito á verdaderas fábulas, que un buen criterio rechaza. Tenemos, pues, que limitarnos á lo que de los hechos se infiera, dejando lo demas á la crítica sana del lector.

En esta época, el conquistador Cortés habia celebrado alianza con los cempoaltecas, y aumentado su ejército con algunas tropas totonacas; y pasando por Talapan y Texotla, llegó á Xocotla, desde donde pensaba dirigirse á México. En Xocotla resolvió tomar el camino de Tlaxcallan mejor que el de Cholollan, y desde allá mandó pedir permiso á los tlaxcaltecas para llegar á su capital, enviando con tal embajada á cuatro cempoaltecas, que debian exponer su mensaje al senado de Tlaxcallan, en nombre de Cortés. Lo hicieron así, y Maxixcatzin les contestó que siendo de alta importancia el negocio que los traia á Tlaxcallan, era preciso que el senado deliberase, y que la resolucion de éste les seria comunicada.

En el senado se dividieron las opiniones. Unos sostenian la de Maxixcatzin, que deseaba fueran recibidos amigablemente los españoles, y otros la de Xicotencatl (padre), que resueltamente queria la guerra, y rechazaba la creencia absurda de los totonacas respecto de que los conquistadores fuesen inmortales. Otro senador, Temiloltecatl, sugirió un dictámen que fué aprobado, proponiendo que se dijera á los extranjeros que se les concedia el permiso que solicitaban; pero que al mismo tiempo se diera orden á Xicotencatl el joven, de salir con las tropas otomíes y de la república á cerrarles el paso. Así se hizo: los embajadores volvieron á Cortés, manifestándole que la república concedia lo que deseaba; y el joven tlaxcalteca se encaminó inmediatamente á encontrar á los extranjeros, con un ejército cuyo número no es fácil determinar, por lo mucho que en este respecto varian los historiadores.



## III.

Xicotencatl, hijo del senador del mismo nombre, que había inclinado la opinión del senado en el sentido de la guerra, era un joven intrépido, activo, entusiasta por las glorias militares é inteligente. Educado en los negocios públicos en virtud de la elevada posición de su padre, orgulloso con las victorias que hacia poco obtuvo la república contra sus enemigos, y principalmente con las que la hicieron respetar hasta del imperio poderoso gobernado por Motecuhzoma, se creyó llamado á salvar á su patria de la invasión de gentes desconocidas, cuya fuerza y valor habían exagerado los embajadores cempoaltecas; y salió de la capital resuelto á cerrar el paso á los enemigos. Sobre todo, Xicotencatl tenía un bello ejemplo que imitar, un héroe á quien seguir en su gloriosa carrera, y no era posible que fluctuara entre el temor y el cumplimiento de sus deberes. (1)

(1) Permítasenos hacer aquí el elogio del héroe Tlahuicole, general tlaxcalteca que dió gloria á su patria, y una gran reputación militar á los soldados de la república. Este jefe, que reunía á su inteligencia y á su denuedo una gran fuerza de cuerpo prodigiosa, despues

Mientras tanto, Cortés y sus aliados, entre los cuales se encontraban los soldados mexicanos que estaban de guarnición en Xocotla, se dirigían sobre Tlaxcallan, teniendo la fortuna de encontrar desguarnecida la muralla famosa á que antes hicimos referencia; así es que pudieron sin ningún esfuerzo evitar el primer choque de los tlaxcaltecas. Pero el mismo día (19 de Agosto de 1519) se presentaron algunos de éstos, á quienes quiso dar alcance la caballería de Cortés, que fué rechazada. Despues se presentó un ejército como de cuatro mil hombres, que fué derrotado por los españoles. Los prisioneros tlaxcaltecas, de acuerdo con el dictámen de Temiloltecatl, dijeron á Cortés que no se pensaba en hacerle la guerra, y que de todo eran responsables los otomíes, que habían obrado por sí.

Los dos embajadores que habían quedado en Tlaxcallan,

de haber contribuido á los triunfos de su nación sobre las tropas de Motecuhzoma, fué hecho prisionero por estos y conducido á México en una jaula, en cuya capital fué presentado al emperador. Este, á cuyo conocimiento habían llegado las hazañas de Tlahuicole, y que entre algunos vicios poseía la virtud de apreciar el mérito verdadero, no quiso llevar al suplicio ó sacrificar á sus dioses al valiente general, que era el destino de los prisioneros. Al contrario, ordenó que se diera la libertad á Tlahuicole, cuya gracia no admitió éste con el pretexto de que no podía presentarse á sus compatriotas con la ignominia de la derrota, pero solamente porque no quiso deber la vida á su enemigo. Motecuhzoma, sin embargo, no tuvo á bien hacer mal á su prisionero, sino que le dió el mando del ejército que fué á atacar á Tlaximaloyan (Michoacan), en donde el tlaxcalteca obtuvo un triunfo completo, volviendo á México con los despojos de los enemigos.

Motecuhzoma reconoció este señalado servicio, y ofreció nuevamente á Tlahuilole la libertad y el empleo de general de los ejércitos mexicanos, lo cual rehusó el célebre tlaxcalteca, diciendo al emperador que no deseaba otra cosa que la muerte antes que traicionar á su patria, con tal de que se le llevase al sacrificio gladiatorio, por ser éste mas honroso; y "viendo el rey—dice Clavijero, de acuerdo con los demas



volvieron á Cortés con el mensaje del senado, pero aun no habían concluido su relación, cuando se dejaron ver como mil hombres que comenzaron á hostilizar á los españoles, y se retiraban poco á poco, con el fin de atraer á estos á unos barrancos donde estaba emboscado un gran número de tlaxcaltecas. El choque allí fué terrible; los conquistadores se creyeron perdidos; pero el arrojo de Cortés los salvó del peligro; salieron de aquel lugar, y en la llanura hicieron estragos las armas españolas.

Cortés comprendía cuánto perjudicaba á su pequeño ejército la guerra con Tlaxcallan, y hacia esfuerzos de todo género para que la república aceptase su amistad y su alianza, sabiendo de antemano que los tlaxcaltecas eran enemigos irreconciliables de los mexica. Con este fin dió libertad á cuatrocientos prisioneros, recomendándoles fueran á ofrecer su

historiadores—la obstinación con que el guerrero de Tlaxcallan rehusaba todos los partidos que se le ofrecían, condescendió con su deseo y señaló el día del sacrificio. Ocho días antes empezaron los mexicanos á celebrarlo con bailes; cumplido el término, en presencia del rey (Motecuhzoma, llamado emperador por otros historiadores), de la nobleza y de una gran muchedumbre del pueblo, pusieron al prisionero tlaxcalteca atado por un pié en el *temalacatl*, que era una piedra grande y redonda en que se hacían aquellos sacrificios. Salieron uno á uno para combatir con él, muchos hombres animosos, de los que mató ocho ó hirió á veinte, hasta que cayendo medio muerto en tierra, fué llevado ante el ídolo Huitzilopochtli, y allí le abrieron el pecho, le sacaron el corazón los sacerdotes, y precipitaron el cadáver por las escaleras del templo, según el rito establecido.”

Tal era Tlahuilole; así murió el guerrero cuyo valor y fidelidad para con su patria y aun hacia su enemigo, lo han elevado á la categoría de héroe, solo que sus hazañas no han sido apreciadas justamente porque no nació en Grecia ó en Roma; porque no fué á sentarse después de su derrota sobre las ruinas de Cartago, ó porque no llevó el nombre de Curcio ó de Scévola, mitos quizá estos últimos, con los cuales, sin embargo, se envaneció la república romana.

amistad á los jefes de la república, pero ellos se dirigieron al joven general cuya biografía hacemos, el cual ese día (4 de Setiembre) se encontraba con su ejército á dos leguas del de Cortés. Xicotencatl respondió: “Si los españoles quieren la paz, que se encaminen á la capital, donde serán víctimas consagradas á los dioses,” cuya contestación consternó á los españoles.

Era el día 5, y á la vista de Cortés se presentó el ejército de Xicotencatl, ostentando los guerreros sus penachos y demás adornos militares. El joven tlaxcalteca sabía que faltaban víveres á los españoles, y para que éstos no creyesen que los quería vencer por hambre, les mandó doscientas canastas de *tamalli* y trescientos pavos, y les recomendó restaurasen sus fuerzas con el alimento para entrar en batalla. A poco Xicotencatl destacó dos mil hombres que asaltaron á los españoles de un modo tan violento, que forzaron las trincheras, entraron al campo de los conquistadores, y pelearon con ellos cuerpo á cuerpo.



## IV.

Todos los historiadores convienen en que Xicotencatl pudo el memorable 5 de Setiembre destruir completamente á los españoles; y seguramente así se hubiera verificado, si no reina la anarquía en el ejército tlaxcalteca. Chichimeca-teuchli habia tenido una cuestion con Xicotencatl, y no queriendo éste satisfacerlo de ninguna manera, se le separó con diez mil hombres que mandaba, é indujo á otro jefe de igual número de tropa, Tlehuxlotzin, á que hiciese lo mismo. Los ódios personales, las rencillas, los celos debilitaron la fuerza de la república cuando la union era mas necesaria, y este acontecimiento facilitó, como veremos mas adelante, las paz entre los tlaxcaltecas y los conquistadores, la cual abrió á Cortés el camino de la capital del grande imperio que para desgracia de los mexicanos gobernaba entonces el supersticioso y déspota Motecuhzoma.

Pero la desercion de los dos jefes tlaxcaltecas (1) no desa-

(1) Segun algunos historiadores, Chichimeca-teuchli, no era tlaxcalteca, sino aliado de la república. Otros sostienen lo contrario con buenos datos.

lentó á Xicotencatl, que volvió á dar un combate sangriento. Los estragos que en la muchedumbre hacia la artillería española, no amenguaron la intrepidez de los que defendian sus hogares y su libertad, ni impidieron que estos pusiesen en confusion las filas contrarias y rechazasen varias veces á los españoles, á pesar de los gritos y reconvenciones de Cortés, quien con los suyos volvió á su campo.

Todo aquel dia continuaron los tlaxcaltecas hostilizando en su campo á los españoles, y entretanto Xicotencatl consultaba lo que debia hacer á los adivinos de Tlaxcallan, (1) los cuales contestaron que se atacase durante la noche á los españoles, y así lo resolvió el general; pero antes quiso conocer con exactitud el campo enemigo, el número de sus fuerzas y cuanto podia contribuir al feliz éxito del golpe que meditaba. Para lograrlo, envió á Cortés cincuenta hombres con un regalo, pero estos no disimularon sus intenciones de manera que no se apercibiese de ellas el jefe español, quien bárbaramente mandó cortar las manos á los mensajeros, que le habrian sido mas útiles teniéndolos en rehenes que mutilándolos, y haciéndolos volver así al campamento de Xicotencatl. Se dió el combate en la noche y los tlaxcaltecas huyeron, y el mismo general volvió avergonzado y confuso á la capital de la república.

(1) Los que se burlan de esta consulta de Xicotencatl, no han tenido presente que los mayores héroes de la antigüedad, incluso Alejandro Magno, fueron supersticiosos, y siguieron mas de una vez las inspiraciones de los ridículos conoedores del porvenir.



## V.

Los reveses sufridos, principalmente el último, el cual fué determinado por el temor que inspiró á los tlaxcaltecas el ruido que en la noche del combate hacia el ejército de Cortés, hizo prevalecer en Tlaxcallan la opinion de Maxixcatzin, que desde un principio habia creído que debia hacerse la paz con los españoles y aliarse con ellos para combatir al imperio mexicano, con quien la república habia peleado incesantemente. El anciano Xicotencatl y el senado todo aceptaron los consejos de Maxixcatzin, y se resolvió que fuese á proponer la paz á Cortés el mismo que durante la guerra habia sido general del ejército. El valiente joven Xicotencatl rehusó desempeñar la comision, pero tuvo que obedecer al senado, y seguido de una numerosa comitiva y llevando consigo algunos regalos, se presentó á Cortés haciéndole proposiciones de paz en nombre de la república.

Fué tal el regocijo que experimentaron los españoles por este acontecimiento, que apenas despedido Xicotencatl se celebró el sacrificio de la misa en accion de gracias á Dios.

Los cuatro jefes de la república cuyos nombres mencionamos antes, salieron á encontrar á Cortés haciéndose condu-

cir con toda la pompa y acompañamiento que requería su alta dignidad. Los españoles murmuraban de su jefe que se obstinaba en consumir su empresa cuando habian muerto muchos compañeros de los alistados en Cuba, y cuando la mayor parte de los que estaban con él se encontraban heridos; pero alentado Cortés con las alianzas que los primeros dias de Setiembre habia celebrado con Ixtlilxochitl y con los huexotzincas, y creyendo en la fidelidad de los tlaxcaltecas, emprendió su marcha acompañado de los cuatro jefes de la república, é hizo su entrada á la capital el dia 26 de Setiembre de 1519.

Los españoles, despues de los tratados de paz con los tlaxcaltecas, y de haberse asegurado de la fidelidad con que serian guardados aquellos, salieron de la capital de la república con un numeroso ejército que esta puso á sus órdenes para hacer la guerra á los mexicanos. Cortés tomó el rumbo de Cholula, ciudad populosa segun refieren varios historiadores y afirma el mismo Cortés, cuyos habitantes eran enemigos de los tlaxcaltecas y aliados de los mexicanos. Los cholultecas recibieron á los españoles friamente, les escasearon los víveres y preparaban un movimiento contra ellos luego que sintieron el peso de las cadenas de la esclavitud. Súpolo Cortés, aunque todo exagerado por el temor y otras pasiones; dejó la ciudad para dirigirse á México, y ordenó á los suyos y á los tlaxcaltecas que se habian quedado en las orillas de Cholula, que destruyesen cuanto encontrasen en la ciudad, con excepcion de las mujeres y los niños. Los españoles y los tlaxcaltecas hicieron una mortandad horrible; estos, aguijoneados por el deseo de la venganza, y aquellos quizá sin otro estímulo que el de derramar sangre para aparecer fuertes, y tal vez para justificar que no era el deseo de convertir al cristianismo á los habitantes del Nuevo Mundo el que los traía de tierras tan lejanas, "no el anhelo de hacer felices á gentes que no conocian, como dijo tres siglos despues el inmortal Hidalgo, sino la sed de oro y de dominacion."



Mas dejemos á un lado ese episodio que revela el *espíritu evangélico* de los bárbaros conquistadores, episodio terrible que hace estremecer de espanto á la humanidad, y que tan bien dejó descrito el ilustre obispo Las Casas, "único corde-ro de paz en medio de tanto lobo carnicero," y sigamos á los tlaxcaltecas que acompañaron á Cortés. Solo diremos de paso que perecieron mas de seis mil cholultecas, y que los templos y casas de la ciudad fueron saqueados é incendiados.

Después de la catástrofe, Xicotencal se presentó á Cortés con un ejército de veinte mil hombres, que regresó á Tlaxcallan á instancias del conquistador.

Los tlaxcaltecas que con Cortés salieron de Tlaxcallan, siguieron á éste en todo su camino. Llegaron á Tlalmanalco, á Texcoco, ciudad que tenia doble extension que Sevilla y que contaba cien mil casas, y pasando por Iztapalapan llegaron á México el día 8 de Noviembre de 1519. Los tlaxcaltecas, segun se infiere de la descripción que de la entrada de los españoles á la ciudad de Tenoch hacen varios testigos oculares, se alojaron en el antiguo palacio de Axayacatl, cerca del templo mayor.

La llegada de Narvaez obligó á Cortés á dejar la gran Tenochtitlan para ir á combatir contra su enemigo; mas no bien habia logrado su intento, cuando recibió mensajeros de Pedro de Alvarado, quien le decia que regresara pronto á México si no queria encontrar muertos á él y á todos los españoles. El conquistador habia reforzado su ejército con las fuerzas que trajo el vencido Narvaez, y apresuró su vuelta á México, pasando por Tlaxcallan, donde incorporó otros dos mil hombres de la república, y llegó á México el 21 de Junio de 1520. Comprendió Cortés lo crítico de la situación, no obstante el aumento de las fuerzas, y reprendió ásperamente á Alvarado por haber sido el autor de la fermentación que contra los españoles se hacia diariamente mas notable en México. (1) Y sus temores no eran infundados. Los días 25 y

1 Es sabido que durante la ausencia de Cortés, mientras Motecuh-

26 del mismo mes los españoles se vieron hostilizados ruda é incesantemente, y fueron necesarios todos los esfuerzos del valor desesperado de los conquistadores y de los aliados, principalmente los tlaxcaltecas, para que los invasores de la capital no hubieran sucumbido. El mismo Cortés, cuya audacia debemos confesar en obsequio de la verdad histórica, conoció la inmensidad del peligro y dijo á Motecuhzoma que saldria de la ciudad, pero que depusiesen las armas los mexicanos. No solo esto, sino que se valió de la autoridad y la influencia que ejercia el emperador sobre los mexicanos. El débil monarca habló á su pueblo amonestándole para que dejase las armas, pero de en medio de la multitud se alzó la voz de un hombre que llamaba á Motecuhzoma débil, afeminado é indigno de gobernar á la nacion mexicana, y prosiguió el combate, que era diario. (1) Motecuhzoma murió el 30 de Junio, y los conquistadores, que no podian sostenerse en México, resolvieron retirarse con los tlaxcaltecas y demas aliados, no sin haber incendiado antes muchas casas y cometido horribles asesinatos. El 1º de Julio, en la noche, se efectuó la retirada; noche memorable, bautizada por ellos mismos con el nombre de *Noche Triste*, noche en la cual los españoles perdieron las riquezas de que habian despojado á los mexicanos, y ademas cuatrocientos cincuenta hombres, segun unos historiadores, y ochocientos setenta segun Bernal Diaz. Los tlaxcaltecas y cholultecas casi acabaron en este terrible combate, y en el no menos sangriento que se libró después en Otompan.

El jefe español volvió á Tlaxcallan, vencido, con un ejér-

zoma y la nobleza mexicana se divertian en un baile en el patio del palacio donde el infeliz monarca se encontraba realmente preso, Alvarado y los españoles se precipitaron sobre aquellos hombres indefensos, les dieron muerte y les despojaron de las joyas que traian consigo.

Hé aquí el principal móvil de los actos de los españoles, ¡las riquezas! el principal testimonio de su amor por la religion del oro!

1 Acosta dice que quien levantó la voz fué Cuauhtemotzin.



cito reducido y con muy pocos tlaxcaltecas; pero el senado de la república le ofreció nuevas tropas para reponer sus desastres. Casi tras de Cortés llegaron unos embajadores mexicanos solicitando la union del imperio y la república para combatir á los españoles. Los senadores deliberaron largamente sobre las patrióticas proposiciones que se les hacian, y el jóven Xicotencatl fué el primero que levantó la voz en favor de los mexicanos, diciendo que la alianza con ellos era conveniente, que habia llegado la ocasion de destruir por completo á los españoles; pero prevaleció la opinion de Maxicatzin, fiel aliado de estos. En el calor de la discusion, el senador dió un golpe al intrépido general que comprendia mejor que el magistrado los deberes de un tlaxcalteca. Xicotencatl fué reducido á prision por órden del mismo senado.

## VI.

Del incidente que acabamos de referir, y de haber sido puesto en libertad Xicotencatl, segun creen algunos, por mediacion de Cortés, resultó lo que no era fácil imaginar. Xicotencatl reunió un ejército de cincuenta mil hombres, ó mas, para pelear al lado del mismo contra quien pocos dias antes queria combatir.

Por multitud de pueblos hizo correrías Cortés antes de resolverse á dirigirse sobre México, y por donde quiera lo seguian los aliados, principalmente los que estaban á las órdenes de Xicotencatl. Los españoles, despues de celebrar alianza con muchos pueblos y de haber hecho los preparativos necesarios para volver á la capital del imperio, salieron de Tlaxcallan el 28 de Diciembre con un ejército tan numeroso, que solo el tlaxcalteca mandado por Xicotencatl y otros jefes ascendia á cien mil. Con esta gran masa de hombres volvieron á México los españoles, no sin sostener combates incesantemente por donde quiera que pasaban.

Al salir de Texcoco el ejército para la capital del imperio, ocurrió un incidente que enjendró un acontecimiento funesto. Pilteuctli, jefe tlaxcalteca, fué herido por un español;



las tropas de la república se disgustaron naturalmente, y comenzaron á abandonar las filas de los españoles. Xicotencatl, caudillo indómito, y que quizá no siguió á los enemigos de su patria sino por obedecer al senado, abandonó tambien el campo; pero noticioso del hecho Cortés, mandó á Ojeda que lo alcanzase y prendiese, lo cual logró el soldado español, é inmediatamente fué ahorcado el jóven caudillo en la ciudad de Texcoco. No solo se aplicó este bárbaro castigo al general tlaxcalteca, sino que sus bienes y su familia se adjudicaron al rey de España, tal vez para hacerlo partícipe de la gloria que se conquistaba con un asesinato. ¡ Los españoles fingieron llorar la muerte de Xicotencatl, y distribuyeron entre ellos sus vestidos que guardaron como reliquias!

## VII.

Tal fué el fin del valiente general, que quizá presintiendo su desgracia, odiaba á los conquistadores desde que supo su aproximacion á Tlaxcallan.

Este hecho sugiere muchas y tristes reflexiones que nos abstenemos de consignar aquí, porque basta que se lea este episodio de la historia de la conquista, para que se subleven contra los españoles los sentimientos mas nobles del hombre. En lugar de emprender esta tarea enojosa, nos limitaremos á examinar en pocas líneas los hechos mas culminantes de Xicotencatl, para lo cual creemos que es necesario desapasionarse completamente, no dar oído á la voz de las simpatías que despierta el jóven guerrero, ni acusar á éste por haber seguido con sus tropas á los verdugos de su patria, sin estudiar detenidamente las circunstancias que precedieron á esta determinacion, que no deja de amenguar la gloria de héroe.

Hemos visto que desde el momento que se discutia en el senado de Tlaxcallan sobre el permiso que para llegar á la capital solicitaba Cortés, Xicotencatl se adhirió á la opinion de su anciano padre, pronunciada por la guerra. Seguimos